



Tamara



Viñetas, Diccionario Larousse, 1928

Brenda Ríos

A Tamara

NO SABÍA QUÉ COÑO HACÍA AHÍ. Llevaba días en una ciudad nublada, a veces oscura, como si los cielos estuvieran más bajos, al menos esa sensación. No me había ido bien con la gente que visité, falsos amigos, casas sin luz, paranoia, demasiados avisos de cuidado por los robos, los secuestros, por si todo. Entonces me fui a otra ciudad a cinco horas de ahí: el camino era verde, fantástico, largo, el verde de la carretera. Me esperaba Claudia Alejandra, una filósofa que se ganaba la vida enseñando Shakespeare y como traductora de festivales de cine: la vida al margen de la gente ilustrada. En la noche saldríamos con Goyo, quien nos guiaría a los bajos fondos de una ciudad de la que él mismo es un dueño tímido; lo conocían los que cuidan los autos, los vendedores de la plaza, las putas de la zona roja, todos. Si algo pasaba en la noche él sabía antes que los radios de la policía. Él era el dueño de los hilos invisibles, quien sabía dónde estar y de dónde salir discretamente antes que se soltaran las balas o los golpes.

Nos llevó a un lugar donde nos miraron bien en un principio. Un trío de jazz: una rubia alta que parecía modelo y no una filósofa sobreviviente, un pequeño hombrecito de pestañas rizadas que daba la apariencia de ser aplastado si alguien le hablaba fuerte; y yo.

Llegó la noche, esa noche, y con ella llegó Tamara: cabello a lo Tina Turner, alto, moreno, maquilladísimo. Piernas fantásticas. Se sentó en la mesa, conocía a Goyo de siempre y a nosotras nos miró como las nuevas adquisiciones del lugar: ojos bien abiertos para saber reconocernos la próxima vez. Le invité una hamburguesa, no quiso; dijo que eso era muy caro pero me aceptó yogures; por cada uno me plantaba un beso en la boca como agradecimiento. Al pasar las horas sacó de su bolso mágico una botella de vodka auténtica —dijo— y así seguimos un rato.

En un arranque de furia, Tamara casi golpea al *dj* porque no ponía su canción favorita de Thalía... Todo regresa a su sitio entonces, la Tina Turner baila en homenaje a Thalía. No sé qué más siguió. Justo ahí, bailando con Claudia y con ella (todos nos miraban, Goyo sentado en la mesa, guardando en sus manitas un no sé de qué de momento oscuro, enfrentando a los hombres del sitio, tan intimidados por lo que Goyo no era que nadie se atrevió a molestarnos), justo ahí supe lo que sucedía. Comprendí para qué habíamos venido al mundo. Era ella, su peluca, su maquillaje, sus piernas largas, su pobreza, su magia de últimanochedevida lo que necesitaba ver. Era ella lo que yo quería ser. Era él lo que yo quería ser. Mi lección trascendental. Mi escuela de vida, mi página del libro esperando por mí.

Tuve que sentarme. Goyo me sirvió vodka otra vez mientras veíamos en silencio a las dos mujeres solas en la pista: tan distintas, tan hermosas, puras sin duda. Él me mira mirarlas y entiende. Eso que yo no sabía. Antes de esa noche mi bienestar era un bienestar cómodo, libre de angustia, una habitación acojinada y blanca: lo que había hecho, lo que había buscado, lo que no pude hacer, lo que debía haber hecho, las palabras de los demás sobre mí, mis propias palabras sobre mí como un techo enorme, un cielo cayéndose, un amor, una historia de vida que se perdía en un pasado reciente. Había estado en un limbo. Un limbo funcional, un limbo de ir al trabajo, pagar cuentas, ver gente, ir a fiestas, y todo estaba bien. Bien, todo bien, seguro, sí, claro, hasta ahora. Hasta que vi lo que no podía haber visto antes de ella.

Tamara era un país.

Ella-él era un país único.

Me contó una historia: las putas en la zona podían moverse tan sólo de una esquina a otra pero no invadir las calles que no les correspondían; los travestis son los únicos que caminaban libremente de esquinas a calles por toda la colonia. Cuando los policías los quieren llevar detenidos se cortan las manos, y gritan —especialidad de la casa— que tienen sida, así los dejan en paz.

Tamara, Goyo, Claudia, y yo siendo yo, realmente yo, sin pretender nada más: eso éramos: un ensamble. Dueñas de la pista de baile, un lugar así, tan solitario por otro lado; flotábamos, una danza de antes de nosotras, una danza que no podía ser barata, quizás antigua, de antes, de cuerpos que se reconocen, como de amantes viejos que caen de nuevo en sí mismos.

No sé qué es perderme entre ciudades, no sé explicarme, pero es justo eso lo que sobresale: el hecho de flotar, y ser pura sensación. Algo budista: salir de mí y verme como esa noche. ¿Qué es el día siguiente? ¿Qué es todo? Éramos ese instante. Gritando al *dj* con un pecho nuevo, con una voz nueva, que dejara esa canción, y la pista era eterna y nosotras también, comprendiendo lo que debíamos. Lo que no tiene nombre y guardamos íntimamente, atrás de los pensamientos visibles.

Tengo esa noche como un objeto sobre mi mesa de noche, una sensación que se hace necesaria. Tengo esa noche cada vez que lo cotidiano me destruye. En el calor en el metro, en las pequeñas imperfecciones. Tamara soñaba, y su sueño era simple: un beso arrollador de un hombre que pudiera sostenerla toda en los brazos, un beso a lo *Casablanca*, un beso de *parasiempre*. Hay más sueños en todos, sueños fundamentales, sueños grandes; pero ese sueño pequeñito, simple, viene a mí de vez en cuando. ¿Quién sabe? ¿Acaso no merecemos un poco de eso? ■■■

